

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

N. PERPINYÀ, *Las criptas de la crítica. Veinte interpretaciones de la Odisea*, Madrid, Gredos, 2008, 256 pp.

La editorial Gredos-RBA estrena la colección Biblioteca de la Nueva Cultura con el presente volumen de la profesora de Teoría de la Literatura de la Universidad de Lleida, Núria Perpinyà. En veinte capítulos la autora expone con claridad otros tantos modelos de la crítica literaria del siglo XX, que a su vez ejemplifica con interpretaciones de la *Odisea* de Homero. Éstas están impresas en cursiva, tipografía que, salvando las distancias, recuerda a la de la *Historia Interminable*, porque también aquí hay dos mundos, la teoría y la práctica, y una distancia entre ellos que quiere verse salvada. Perpinyà maneja datos, autores y obras, pero no nos abruma con su erudición. Es más, las notas, convenientemente colocadas al final no interrumpen la amena lectura. Una lástima, porque algunos van a perderselas a pesar de que muchas recogen deliciosas y divertidas anécdotas, como la de nuestro manco de Lepanto asegurando que *se cortaría la mano antes que escribir palabra inductora a mal pensamiento*.

Los contenidos están ordenados por bloques: los planteamientos críticos que centran su interés en el creador (la crítica biográfica y la psicológica), los que estudian la influencia de la sociedad (la crítica temático-moral, la social y la marxista), los que se ocupan del texto y su historia (las críticas filológica e historiográfica, la comparada y la arquetípica o folclórica), los que interpretan la forma (el formalismo, el *new criticism*, la crítica estilística, la estructuralista y la semiológica), la crítica orientada al lector (la impresionista y la de la estética de la recepción), las reinterpretaciones (crítica deconstructiva, nuevo historicismo y crítica feminista) y por último las interrelaciones (crítica cultural posmoderna), para concluir desde el perspectivismo del que el libro es un ejemplo y una defensa. De esta manera las conexiones y parentescos entre unos y otros modelos se hacen más patentes. Del formalismo ruso al dialogismo bakhtiano o del deconstruccionismo de Derrida al posestructuralismo del grupo de Yale, que se acercan en la teoría de la *mala interpretación* de los textos, porque ambos son conscientes del error de un discurso crítico que se retroalimenta de otros discursos erróneamente establecidos. Además, a lo largo de la exposición se hace hincapié en determinar las trayectorias y evoluciones de los propios modelos de crítica, así como de sus principales representantes, como en el caso del ecléctico Umberto Eco.

Los comentarios de la *Odisea* que siguen a cada exposición tratan de cumplir el objetivo de ilustrar la teoría de la mejor manera posible y evitar el error tan repetido de obviar la puesta en práctica como si en el terreno de los estudios literarios ésta fuera menos relevante que la especulación. La selección de la bibliografía, breve y manejable, es muy acertada en tanto introductoria y abundan los títulos muy recientes, lo cual indica que la autora está al día, pero llama la atención la escasez de obras anteriores a 1970.

Veinte interpretaciones pueden parecer quizá demasiadas. Necesariamente el espacio dedicado a cada modelo es reducido, amén de desigual, de manera que pueden echarse, y se echan, cosas en falta. Casi siempre los planteamientos se exponen sin un análisis más profundo que permita valorarlos. Claro que tampoco este libro pretende ser un manual exhaustivo, sino más bien una invitación a entrar en los laberintos teóricos de la crítica literaria y una apuesta por su aplicación práctica a textos concretos. No obstante encontramos los principales nombres, se describen tanto las limitaciones como el alcance de los diferentes modelos de crítica y los ejemplos de la *Odisea* nos muestran cómo pueden hacerse las cosas bien en poco espacio. La naturaleza polimórfica del gran clásico se hace patente a través del repaso de su devenir histórico, del estudio de las ideologías en conflicto en la obra de Homero y de las fluctuaciones en la fortuna de su recepción. Este ejemplo es especialmente llamativo porque recuerda cómo la crítica de la recepción desmiente algunos tópicos sobre la grandeza de los clásicos homéricos, que no fueron considerados siempre como obras maestras. Además del olvido medieval, la recepción de Homero en los siglos XVII y XVIII fue generalmente mala, excepto en España que, al apartarse de la Reforma protestante, mira hacia atrás y cristianiza a los clásicos en su Siglo de Oro. Al mismo tiempo, la crítica social nos revela la relación entre el prestigio del traductor y el éxito de ventas. En España la traducción de la *Iliada* de Emilio Crespo vende más que la de la *Odisea* de J. M. Pabón, mientras que en Cataluña toda biblioteca que se precie cuenta con la *Odisea* de Carles Riba. Y Borges leía a Homero en inglés, podría haber añadido Perpinyà, vertido a esta lengua por personajes como Lawrence de Arabia o J. Joyce. Por otra parte, gracias a las críticas e interpretaciones de la forma conocemos el ritmo formular, el estilo o los itinerarios señalados por el estructuralismo, sobre cuya enorme repercusión y omnipresencia quieren llamarnos la atención los nombres de Lévi-Strauss, la *Bauhaus*, Mondrian, Godard, Beckett, Calvino, Cortázar o Saussure, entre otros. También hay sitio para el folclore y la mitología popular, para los universales humanos, para la moral, el canon y la psicología, hasta dejar indicadas las sendas de la crítica literaria en torno a un Ulises, Odiseo, que es tanto el prototipo del viajero en busca del conocimiento como el primer turista por placer de la historia, esto en la original visión posmoderna.

El carácter menos académico al que antes aludíamos permite que la autora ejerza de crítica y tome parte, para bien o para mal y pese a quien pese. Choca al filólogo que en unas líneas se despache la cuestión homérica, como si la cantidad de tinta vertida en torno al tema fuera suficiente para dejarlo zanjado. Perpinyà parece más harta que ignorante de la cuestión cuando defiende que F. A. Wolf estaba completamente equivocado. Pero no parece tomarse muy en serio al lector cuando unos capítulos más tarde el mismo Wolf es el *insigne crítico y reivindicador de la cuestión homérica* que “demostró” que no hubo un solo Homero. En general, a lo largo de este libro lo tradicional se presenta como superado, mientras que lo más moderno es lo que está aún lleno de posibilidades. Pero no habría que llevarse a engaño, porque en algún momento, si está bien fundado, todo modelo de crítica debería alcanzar su madurez y dar frutos. Según se avanza cronológicamente y las etiquetas se multiplican, pareciera que cada nuevo y nueva crítica tuvieran algo nuevo que decir, si bien raramente es así, porque, como acertadamente indica la autora, el problema de nuestra época es querer captar una realidad en constante cambio. Y creer que puede hacerlo, como si de veras se diera en el hombre moderno el privilegio que Gadamer le adjudicaba de *ser plenamente consciente de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones*. Por otra parte, quizá en el capítulo que se le dedica le moleste al semiólogo la distancia irónica con que se le trata, pero el profano en semiología o bien no entenderá nada o bien saldrá espantado por tanta terminología y por un ejemplo práctico poco útil. Algo similar ocurre con las, probablemente desdeñadas, crítica estilística e impresionista. Esta última se presenta como una retórica preciosista e intimista. El ejemplo de las *bellas nieblas del Hades* es un buen ejercicio de escritura impresionista, pero es tan sólo un juego y tiene poco que decir de la obra. Sin embargo la crítica feminista o la comparatista se sentirán más respaldadas. A la crítica feminista se le dedica bastante espacio, se describen todas sus vertientes y se cita a numerosas autoras, sobre todo a aquellas de estilo “fuerte” y pertenecientes a la línea más dura del feminismo. Se aprecia un mayor respeto hacia los planteamientos formalistas, apoyados en un ejemplo práctico bien escogido como es la oposición funcional de los personajes homéricos Alcínoo y Antínoo, que hacia el *new criticism* o la crítica temático-moral. Hay imparcialidad pero también hay preferencias, como es natural, y a este respecto destacan las recurrentes referencias a la literatura y la crítica catalanas. El estilo es honesto y directo, con una seguridad que le da cierto aire de suficiencia y una osadía que podrá tenerse por ofensiva o de lo más refrescante. Esta característica hace que la lectura sea muy fácil y adecuada para el estudiante universitario y para cierto público interesado en conocer, sin profundizar, lo que se ha hecho en crítica literaria en el último siglo, pero no aporta nada nuevo de contenido al especialista que sí puede, quizá, encontrar en este manual un ejemplo de lo didáctico que es siempre el sentido del humor. El riesgo que se corre es el de la

simplificación. No obstante, en conjunto quedan tratados los principales análisis que se han hecho de la *Odisea* homérica y los planteamientos teóricos en que se apoyan, y al final se agradece no haber leído otro manual lleno de veneración y nada más.

HELENA GONZÁLEZ VAQUERIZO
UAM (Grupo TRADICOM)

J. GARZÓN DÍAZ, *Geógrafos griegos. Escílax de Carianda, Hannón de Cartago, Heraclides Crético, Dionisio, hijo de Califonte*, Oviedo, KRK ediciones, 2008, 439 pp. + 17 mapas. ISBN: 978-84-8367-079-8

El saber geográfico seguramente lo inicia el pueblo griego desde los albores de su propia historia con descripciones en las que no siempre es fácil deslindar los elementos reales de los imaginarios, aunque, de todos modos, la realidad lejana e inaccesible en la mayoría de los casos no importaba a un auditorio que no tenía la oportunidad ni el interés de comprobar sobre el terreno las afirmaciones esgrimidas por los escritores. Las obras que se escriben se mueven dentro de los esquemas tradicionales de la literatura griega, aunque sometidas a procesos de reelaboración literaria para tratar de ajustarse al espíritu de los tiempos y a los nuevos descubrimientos.

Los escritores griegos, deseosos de transmitir las rutas a seguir para nuevos asentamientos, dar a conocer las tierras visitadas en sus viajes, en definitiva, los límites de la tierra conocida, fueron muchos, pero una inmensa mayoría nos son desconocidos, bien porque su obra se ha perdido o solo existe en estado fragmentario, bien porque hasta época relativamente reciente solo disponíamos de la magna edición de Müller, *Geographi Graeci Minores*, carecíamos de traducciones a nuestra lengua y no disponíamos de estudios generales sobre el tema.

Afortunadamente, la crítica moderna presta atención a estos escritores “menores” cuando un manuscrito del siglo XIII, que constituye la principal vía de transmisión de la producción periplográfica es adquirido en 1837 por la *Bibliothèque Royale* francesa -hoy custodiado por la Biblioteca Nacional de París-. En la actualidad la editorial francesa Les Belles Lettres está llevando a cabo la edición de los *Géographes Grecs* y contamos con una basta bibliografía que en mayor o menor medida nos ofrece un panorama de los distintos espacios geográficos y de las descripciones de viajes por tierras lejanas, y poco a poco obras con problemas de datación e incluso de autoría van viendo la luz y son accesibles para el lector